

# El misterio de la Inmaculada

**Unión íntima con Dios – Preservación de toda culpa –  
Resplandor de santidad – Hermosura de esposa – Escogida y bendita entre todas las mujeres – Alegría y gozo del pueblo de Dios**

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA



N la canción del tiempo, la celeste misión de la Virgen viene precedida de su venturosa inmunidad de la primera culpa y de tan abundante gracia inicial como quiso Dios adornar a la que había de ser, Hija predilecta del Padre, Madre entrañable del Hijo, y celestial Esposa del

Espíritu Santo.

Y es, que, Dios desde la eternidad había previsto la redención del humano linaje, contraponiendo, la figura adorable del Salvador Jesús a la desobediencia orgullosa de Adán, y a la gentil Doncella de Nazaret, frente a la primera Eva seducida por el pecado.

De este modo, Jesús y María señalan las dos figuras más eminentes de la obra redentiva encomendada, por un mismo decreto de Dios, al Hijo y a la Madre: Toda la metafísica de la Redención va encaminada a corregir la funesta página del Génesis de la primera culpa.

Así, ambos, Jesús y María, aparecen inseparables: María siempre asociada al Hijo, de este modo nos los presenta el Evangelio. Porque Cristo y María forman un solo ser *místico* de una jerarquía trascendente, y de orden superior: Ni la Virgen bendita ha sido elegida sin Jesús, ni Jesús fue predeterminado sin María. ¡Imposible concebir el sol naciente sin la aurora que le precede, ni la plateada luna iluminando las tinieblas de la noche sin los resplandores que recibe del astro rey!

Desde el primer momento, María vivió en la cercanía de Dios, sin que mancha alguna desluciera la blancura impoluta de su alma. Ni un solo instante la Virgen podía haber sido esclava del pecado original. Ser inmaculada la que había de ser Madre de Dios, desde

el principio de su concepción, es de rigurosa necesidad, reclamada por su colaboración a la tarea redentora de Jesús. Para triunfar María, no podía ser dominada por la culpa. Para lograr su designio divino, jamás podía estar sometida «*sub potestate diaboli*», consecuencia del primer pecado, según sabias enseñanzas del Concilio de Trento. Antes por el contrario, María llena de gracia, luce los candores más puros de su inocencia original a lo largo de su preciosa existencia.

Dios necesitaba, para realizar la obra ingente y maravillosa de la Redención, un sagrario virginal que tuviera la pureza más intacta, aún, que las primeras luces del alba. Y preservándola de toda mancha, la bañó con un límpido raudal de gracias y «la envolvió en un ropaje de santidad» y entre los pliegues de «un manto de justicia» a la medida de su grandeza materna, haciendo de ella, digna morada para su Hijo.

De este modo, al preservar Dios, *in ordine intentionis*, a María, de la primera culpa, la armó como un ejército poderoso, para la lucha y triunfo, en toda la línea de batalla. frente al ciego poder de las tinieblas.

No cabe dudar que la espina dolorosa del pecado de origen es patrimonio común del humano linaje; nadie se sustrae de su venenoso influjo. Para San Pablo, todos nacemos oscurecidos con la sombra del pecado; la única excepción, es María Inmaculada.

El fúlgido principio de la Mariología fundamental, la singularidad trascendente, señala en la Virgen el primado de la hermosura íntegra y el hechizo de la gracia y hasta la sitúa en un plano superior de la creación, próxima a la majestad divina de Dios. Porque la Virgen no es una entre tantas; es única. Representa la obra más acabada del Supremo Hacedor: María es la «*Tota pulcra, et immaculada originalis non est in te*», según canta la Iglesia en esta radiante festividad. La Sagrada Persona de nuestro Santo Padre, Pablo VI, vindicó, para María, el puesto que Dios le ha dado: «El más alto después de Cristo y el más cercano a nosotros». Dios hizo un soberano esfuerzo para preservar de todo pecado el armiño de la inocencia original de María.

La Virgen bendita, rosa de misericordia y amor, colmada con los inmensos merecimientos de Cristo Jesús y librada del universal naufragio de la culpa, no pudo contraer lazo alguno con el pecado original, ni debió contraerlo. El «*debitum peccatis*», no cuenta con María. Por el contrario, la Virgen poseyó, ampliamente, el «*debitum non peccandi*», a causa de su especial designio de ser predestinada

para «*Mater Dei*», Madre Santa, Inmaculada de Dios, suprema dignidad, casi tangente, con lo infinito, según el pensamiento del Angélico Doctor.

De tan apasionante misterio de la Concepción de María, nos enseña el celeste Pío XII, que es como el más bello «preludio de todas las glorias de María», privilegio único, hasta el punto de que parece como identificado con su misma persona: «Yo soy, la Inmaculada Concepción», dice la Virgen a Bernardita, en la gruta de Massabiell: «Yo soy». Ella sola es.

La Virgen milagrosa, confirma en Lourdes el aureo pensamiento dominante de la Bula «*Ine fabiles Deus*», en la que, el Pontífice mariano, Pío IX, había definido el dogma venturoso de la Inmaculada Concepción de María.

Toda la sustancia teológica del privilegio inmaculista, está condensada en la resplandeciente santificación de María en el instante de su concepción, porque testifica la ausencia de la culpa original y proclama su plenitud de gracia, y decorando el misterio con las más lindas «joyas y atavíos» le convierten en manantial perenne de alegría gozosa para el pueblo de Dios.

Digamos que la Concepción sin mancha de María, es un misterio bello y profundo. Representa la victoriosa floración de una rutilante cadena de misterios, un derroche de celestes prerrogativas y hermosuras. Más que una rosa espiritual, es el obsequio de una corona de flores escogidas en los divinales jardines del cielo por el mismo Dios, para la que había de ser su Madre.

El misterio de la Concepción de María es el más encantador capullo de sus glorias. Porque al lado de la exención de la culpa original, aparece la clara estrella de la infusión de la gracia inicial, con la que el Altísimo animó la pureza eterna de María.

María, inmune de toda culpa, arrullada por el ímpetu sagrado de un río caudaloso de gracias y merecimientos, es la figura más encantadora y atrayente de la Redención, después de Jesús.

La Sagrada Teología enseña, por autorizados doctores, que la gracia inicial de la Virgen es superior a la de todas las criaturas juntas. Y hasta se atribuye a María el lúcido uso de razón desde el primer instante de su natural ser, gozando del privilegio deleitoso de la visión de Dios.

Tan audaz sentencia, públicamente, fue sostenida por un fogoso y sobrio predicador inmaculista, en la imperial ciudad de los Concilios, y nada menos que ante el Rey Católico, del Cardenal Sando-

val y numeroso auditorio de canonistas y teólogos, difundiéndose la doctrina por cátedras y púlpitos de la corona de Aragón y Castilla.

Y pensemos, además, que con esta gracia inicial de María, florecieron en su alma el amor a Dios, la cooperación, su mérito y las más preclaras virtudes que, en su vida, habían de consagrar la perfecta unión con el corazón de su Hijo Jesús, descubriéndonos magníficos panoramas del Plan divino.

Unamos, si se quiere, al delicioso y casto paisaje que nos ofrece la santidad inicial de María, las más altas prerrogativas con que el Supremo Artífice la había adornado para ser Madre del Salvador, y nos gozaremos en la contemplación de las glorias, no sólo del dogma mariano por antonomasia, sino también con su divina Maternidad, con el blanco lirio de su Virginitad perpetua, con su triunfante Asunción, con el encanto de la Corredención de María, con la misericordia de su Mediación universal, con la mirada acariciante de la Maternidad espiritual de todos los hombres, con la defensa de nuestra Abogada, con su triunfal Realeza...

Y estaremos en la dichosa presencia de la «más amable, de la más amada, y la más amante de todas las criaturas». Tendremos a María Inmaculada plena de gracia: «Vestida de sol, calzada de la luna y coronada de refulgentes estrellas».



## SONETOS DEL AMOR HUMANO

# AUSENCIA

Yo me esfuerzo en buscarte, en un derroche  
de recuerdos, y apunto catalejos  
—aislado yo en mi noche, y tú muy lejos—  
de no paciente amor, y tú... en tu noche.

¿Qué borroso diseño, qué fantoche,  
qué mal trazadas líneas, qué reflejos  
tu faz plasmar podría en mis espejos,  
lejos de ti —cual tú de mí— en mi noche.

Hollar la feble escala, los caminos  
que llevan de esas noches a sus días  
problema fácil es, mas invencible;  
sólo anhelos; delante, torbellinos,  
distancias y distancias, lejanías  
de sombra, de olvido, de imposible.

M. CEPEDA GIL